



Asociación Clara Campoamor
San Fernando

LA GAVILANA

D. ADA ALONSO GARCÍA

PRIMER PREMIO

IV CERTAMEN LITERARIO DE LA
ASOCIACION

"CLARA CAMPOAMOR"

AÑO: 2007

En Azabache nadie se atrevió a hablar de los asesinatos. La noticia corrió por todo el valle como un reguero de pólvora. Pero en el pueblo, nadie abrió la boca. Sencillamente no se mencionó jamás lo ocurrido. Cualquiera de los vecinos que supiese algo de la historia, se llevó el secreto a la tumba, por voluntad propia.

Mucho antes de lo de los asesinatos, llegué a Azabache a tomar posesión de mi plaza como maestro; en un vagón con asientos de madera, ocupados en su mayoría por mujeres enlutadas y niños con las manos moradas de frío, que miraban recelosos a una pareja de "civiles" con atuendo de servicio y de viaje, capas verdes, tricorneos, fusiles y el barboquejo bajo el mentón.

La nieve caída durante la noche se amontonaba sucia entre las vías y una capa de hielo negruzco cubría las calles. Envuelto en la luz gris de la mañana, el viento helado barría el andén, y me arrancaba la boina que en vano, yo calaba hasta las orejas. Todo el pueblo estaba lleno de una niebla acuosa que subía desde el río. El frío hacía que me rechinaran los dientes, la humedad se filtraba por mi gastado chaquetón, empapaba los huesos y me obligaba a doblar el espinazo, bajo un nubarrón oscuro que ocultaba la mitad del cielo.

Al salir de la estación me crucé con un grupo de obreros vestidos de marrón en sus bicicletas, con los rostros negros de la mina. Acababa de girar hacia la plaza del Ayuntamiento cuando la vi por primera vez. Llevaba el pelo de color rojo recogido en un moño sobre la parte superior de la cabeza y algunos cabellos le caían en desorden encima de la frente. Por unos segundos, nuestras miradas se encontraron. Los ojos más bellos que he visto en mi vida; increíblemente azules y serenos, pero a la vez expresivos y feroces. Unos ojos que me sostenían la mirada, sin sonreír, con un lejano rumor salvaje que solo

tienen los gatos. Apoyada en los bordes del pilón de piedra situado en el centro de la plaza, ella llenaba un barreño de agua y una veintena de mujeres hacían cola.

La casa del maestro estaba situada en el extremo de una calle estrecha y embarrada, donde se terminaba el pueblo. Enfrente había una colina verde y alta "La llomba" la llamaban. Al sur se veían las vías del ferrocarril de Langreo que transbordaba el carbón al de Económicos en el Berrón.

Azabache no tenía Círculo Obrero Católico con juegos de mesa y biblioteca, ni campo de fútbol; solo una pequeña bolera y una taberna. No me gustaba la sidra, ni jugar a los bolos, la lluvia persistente no animaba a pasear; lo que me obligaba a pasar tardes enteras confinado en aquella casa que olía a moho, y donde el mobiliario era viejo y ruinoso. Los sábados jugaba al dominó con Don Aurelio. Don Aurelio no era un cura al uso que practicaba la retórica de la moralidad y soltaba sermones de predicador, ni espiaba a los obreros para luego denunciarlos al capellán de la Empresa por hacer lunes, ser blasfemos, tener el vicio de la embriaguez o del juego, hablar de política en la taberna y en general por tener "malas costumbres que impedían obtener el certificado de buena conducta, necesario para la concesión de los retiros y pensiones. Era un hombre bueno, con enorme respeto por las ideas y creencias que no compartía, que ayudaba a las familias mas humildes. Un "cristiano de verdad" -decían en el pueblo. También decían que por eso los domingos y días festivos el alcalde y los capitalistas se subían al vagón reservado a los patronos y a los ingenieros e iban a misa a Sama. Fue Don Aurelio el primero que me habló de Gavilán cuando le pregunté por la muchacha que había visto el mismo día de mi llegada.

-Es la hija de Esteban el Gavilán -pronunció Gavilán en voz baja y solemne.

Pronto me acostumbré a oír esa palabra en un susurro, o a media voz, porque así se pronunciaba su nombre en Azabache. Un héroe local. Uno de los mil mineros que participaron en el asalto a Oviedo. "Un veterano de la revolución que se negó a rendirse y se echó al monte con el mosquetón al hombro y la pistola al cinto".

Anita -que así se llamaba la muchacha- era huérfana de madre desde los seis años, la tía Encarna se había hecho cargo de ella. Vivían en una casa aislada del resto del pueblo. La vivienda distaba mucho de ser una mansión como la de los ingenieros pero contrastaba con las casas estrechas y, pequeñas, inconfundible morada de las familias obreras, y con las casas de "cuarteles" de los "mineros modelos", todas idénticas: dos plantas y un ático con unos metros cuadrados de jardín.

"En las primeras horas de una mañana del mes de noviembre, Anita y su tía estaban tranquilamente sentadas en la cocina mientras escogían lentejas. Un grupo de legionarios y regulares africanos acompañados por un vecino desalmado, un lacayo de los patronos que tenía la repugnante misión de señalar a todos cuantos habían participado de la revolución o quienes tenían algún familiar huido, entraron en la casa, a culatazos de fusil. Entre gritos y amenazas comenzaron a disparar contra la lámpara, la mesa, las sillas, el aparador con las tazas y la sopera de porcelana heredada de la abuela, que estalló en mil pedazos por la habitación, mezclándose con los vidrios rotos y las astillas de la mesa y hasta contra la cacerola que quedaba en el fuego. Tal como estaba, en camisón y descalza, Anita salió desde la ventana que daba al patio y corrió monte arriba.

La casa fue desvalijada. Se llevaron cuanto tenía algún valor; incluso ropa de cama, cubiertos de mesa, colchones y una cartera con diez duros en calderilla.

La tía Encarna se hincó de rodillas rogando que no le hicieran daño; insensible a sus súplicas, entre risotadas la sacaron a rastras y la condujeron a la plaza, a empujones y a patadas mofándose de ella, entre voces e insultos de puta roja, perra sarnosa y encubridora de rosjos y ateos. Allí mismo, con una navaja le raparon el pelo al cero y la sacaron al balcón del Ayuntamiento para que todos la viesan. Durante todo ese tiempo, un cabo de aspecto seboso con la colilla del cigarro en la boca, la amenazaba fusil en mano, con echarla a los "moros" para que hicieran con ella lo que quisieran. Mientras me lo contaba, a Don Aurelio le caían unos lagrimones que se limpiaba con la manga de la sotana. Por fortuna pasaba por Azabache una compañía de Infantería y el teniente, que no quería ser cómplice de tanta barbarie, puso fin a la crueldad de aquellos salvajes. Pero desde entonces la pobre Encarna no volvió a ser la misma. Los ojos -antes tan azules- como los de su sobrina, le cambiaron de color, perdidos para siempre en una tristeza infinita".

Recuerdo muy bien el día que Anita se presentó en mi casa. Afuera una luna temprana andaba como perdida por detrás de la casa. El aire aullaba y chillaba en los marcos de las ventanas. Hacía frío, el sol invernal lucía en Azabache durante una hora escasa al mediodía y el viento escarchado que soplaba a menudo en todas direcciones, parecía deslizarse por la espalda. Durante varios días seguidos la ropa, las botas, las sábanas y las mantas se quedaban húmedas. Me había puesto a leer, como todas las tardes, *La hija del capitán* de A. S. Pushkin. Disfrutaba de aquella novela histórica y romántica que me permitía integrarme en la agitada vida del siglo XIX.

Empezaba a oscurecer. De la loma vecina bajaba la niebla que se introducía en el valle como un líquido denso y pastoso. En el pueblo decían que la niebla se espesaba para camuflar a los no sometidos.

Al pie de la ventana se oyó un ruido de pasos. Los peldaños del portal, helados, crujieron bajo los pies. Se abrió la puerta, chocando con el balde de cinc que recogía el agua de la ogera del techo y entró ella. La vi de perfil, la barbilla contra el pecho, vestida con un abrigo azul; en otros tiempos, debió de ser marino pero se había vuelto de un color desvaído. Estaba tan delgada que las botas le bailaban como si dentro hubiera un esqueleto y se había envuelto el cuello en una enorme bufanda. Me quedé inmóvil con el libro en la mano observándola. Me mantuvo la mirada, con los ojos muy abiertos. Echó la melena por detrás de las orejas. La ventisca había dado a sus mejillas un ligero color rosaceo: era una mujer menuda, casi una niña, pero de enorme belleza, en su rostro destacaban la regularidad y la delicadeza de sus rasgos.

Depositó a mis pies algo que tría bajo el brazo: una alfombra de nudos tejida a mano.

-Te protegeré del frío suelo, -dijo con voz dulce y afable.

Estuve a punto de abrazarla y besarla, parecía que lo esperaba, pero no me atreví. Algo en su rostro me conmovió profundamente: aquellos hermosos ojos tan quietos, tan claros, transmitían tanta pena acumulada que temí agraviarla.

Al cabo de unos segundos se puso a maniobrar por la cocina. Al poco rato, toda la casa olía migas de pan fritas con manteca que, sentados en la alfombra con las piernas formando ángulos agudos, comimos, mirándonos el uno al otro por encima de las tazas con malta azucarada. Fue entonces cuando Anita se fijó en el cuadro que colgaba en la pared. Se levantó con energía y excitación y se acercó a él muy despacio. Le dedicó una ojeada silenciosa, interrogante. Lo examinó con la cabeza inclinada y haciendo una mueca nerviosa con la boca. Como si pudiera espiar debajo de aquella lámina descolorida, la sensación me vida que se había quedado congelada entre las manchas de humedad pegajosa y circunstancial.

Preguntó por el nombre del pintor y, yo se lo dije. Al oírlo, ella cerró los ojos y movió los labios repitiendo "Renoir".

Con afán pedagógico, le expliqué la maestría del autor en la naturaleza muerta de los restos del almuerzo sobre la mesa, en primer plano. La dinámica de la composición. La voluptuosidad del color. La factura cuidadosa y el perfecto dibujo de las figuras con las que

Renoir resaltaba los volúmenes. Pero, nada de eso parecía interesarle. Ella quería saber quién era el hombre sentado a horcajadas sobre su silla, que aparece en primer plano a la derecha. Quién era la joven con sombrero adornado de flores que juega con su pequeño perro, en primer plano a la izquierda. Quien, la mujer que se apoya en la barandilla.

Al día siguiente; al otro día y en las semanas sucesivas, cuando venía a visitarme, me saludaba con efusión, pero enseguida se olvidaba de mí. No tenía ojos más que para *Le déjeuner des Cantiers*. Permanecía sentada en la alfombra, apoyando los codos en las rodillas, con la barbilla depositada en el cuenco de las manos, inmóvil, sin cambiar de postura durante más de una hora, absorta en la contemplación de la escena.

Todos los días mientras la lluvia seguía rebotando en el tejado y en los cristales, yo le hablaba de la isla de Chatou, de su luminosidad, de cómo Renoir pintó a sus amigos en la terraza de *L' Auberge du Pere Fournaise*, el restaurante a orillas del Sena, famoso por su cocina y frecuentado por los parisienses que huían de la ciudad para pasar un día al aire libre. "algún día nosotros también iríamos a Chatou, y comeríamos pescado fresco a orillas del Sena y yo le compraría un sombrero adornado con flores, como el de Aline". Todos los días se hablaba de lo mismo, y ni a mí, me cansaba decírselo, ni a ella escucharlo.

Anita ya sabía que la mujer con el sombrero de flores era la joven costurera Aline Chaigrot, que más tarde se convertiría en esposa de Renoir. Que, a su lado, de pie y con sombrero de paja estaba Alphonse Fourniase, el propietario del restaurante. Que la muchacha que escuchaba atentamente, apoyada en la barandilla, al barón Raoul Barbier, es su hija Alphonsina. Que el hombre sentado a horcajadas sobre la silla es el artista Gustave Caillebotte y a su derecha, esta sentada la actriz Ellen Andrée, que habitualmente posaba para Renoir y el hombre que se inclina hacia Ellen es el periodista llamado Maggiolo.

Con paso firme y a golpe de tambor africano, las tropas especiales continuaban con sus acciones de saqueo y limpieza absoluta, atemorizando al valle. Los Grupos Móviles especiales de la Guardia Civil, recorrían palmo a palmo la cuenca minera, en batidas masivas de captura de revolucionarios. Con la camisa azul, el yugo y las flechas y sus correajes columnas de falangistas desfilaban marcialmente por el pueblo. El terror se mascaba. Con los huídos que en largas filas eran llevados al cuartelillo y a otras poblaciones cercanas, sometidos a tortura para que delataran a sus camaradas y para que supieran quien mandaba.

Todo en Azabache era lúgubre y triste. Llovía y granizaba con frecuencia. Las estrechas calles se habían convertido en barrizales con enormes charcos por todas partes

y el barro se deslizaba dentro de las botas. El pan escaseaba, faltaba aceite, azúcar, la carne era inexistente y la leche había desaparecido.

Pero a pesar de ello, Anita se mostraba feliz ante la magia de aquella frágil realidad, que aleteaba en la pared, como un huésped que llega a una estación extraña a pasar unos días. Resultaba corriente verla llegar a casa tatareando una canción que cantaba a menudo.

Dime donde vas morena, dime donde vas salada

Dime donde vas morena a ver los camaradas.

Voy a la cárcel de Oviedo, al chafalan numero ocho

Donde estan veintidós presos de nuestro Octubre glorioso.

Dime donde vas morena, dime donde vas salada.

Dime donde vas morena a ver los camaradas

Se sentaba ante el cuadro. Permanecía callada mirándolo fijamente, sin pestañear: Como si pudiera dejar su cuerpo para que éste se ocupara de la pena del hombre y del miedo, mientras ella se iba lejos para disfrutar de aquel ambiente feliz y sereno. De vez en cuando, alargaba la mano para espantar una mosca inoportuna que se había posado entre el toldo y los arbustos o en los pliegues del mantel. Algunas veces la sorprendía imitando los rostros de los personajes, su porte, sus modales. La observaba de soslayo; veía como Anita cerraba los ojos y por el movimiento de sus labios sabía que estaba diciendo algo para si. Otras, comenzaba a reírse de tal modo que yo la miraba con aire interrogador, ella desviaba la mirada, se ruborizaba y seguía sonriendo. No se si podría explicar la profunda emoción que tales gestos me producían.

Al año siguiente la victoria del Frente Popular trajo del monte al Gavilán. Azabache; el pueblo envuelto en negro polvo de mira, perdido en la falda de la montaña, vivía tiempos de ilusión, soñando con un mundo nuevo. Una ola de entusiasmo recorrió el valle de punta a punta. La gente salió a la calle con las banderas rojas de la revolución desplegadas gritando "U:H:P. camaradas! ¡U.H.P! El temor a los patrones, la división de clases, había dejado de existir. Nadie era dueño de nadie. Los presos de octubre estaban en las cárceles de Oviedo y el Coto de Gijón, fueron liberados y regresaron al pueblo. Se acabaron los fusilamientos, las torturas y la brutal venganza contra los revolucionarios, la violencia incontrolada y los actos de salvajismo de las tropas especiales enviadas desde Africa. Desapareció la despiadada represión y nació la esperanza.

Por todas partes había cuadrillas de obreros, de nuevo, puño cerrado en alto, contando La internacional. Grupos de fugaos, negros de aire y sol, con sus mosquetones al hombro, maltrechos y desfallecidos, con la ropa convertida en harapos, los cuerpos flacos y las botas destrozadas, se paseaban por las calles de Azabache alzando los hombros con orgullo. Algunos le palmeaban la espalda entre cánticos y consignas de ¡U.H.P! ¡Viva Octubre! ¡U.H.P camarada!.

Yo había participado con mi pluma juvenil en la propaganda republicana. Sin embargo, no militaba en ninguna organización política. Pero me conmovía el heroísmo de aquellos mineros que se habían lanzado a pelear por todo lo que hasta entonces les había sido negado, ofreciendo a la revolución su vida, porque era lo único que tenían.

Aún recuerdo la única vez que le ví. Caía una nevada de copos espesos y mojados, la carretera era un lodazal. Al cruzar la calle de camino a la taberna, me encontré con el Gavilán encogido bajo el peso del viento que se nos venía encima. Era un hombre espigado y flaco, se cara angulosa y ojos claros penetrantes, hundidos de las noches pasadas sin dormir.

-Salud camarada- esbozó una sonrisa que me pareció triste.

No volvimos a vernos. Aquella noche cinco vecinos de otra población cercana habían entrado en la Iglesia y se habían llevado al cura. Él se echó la escopeta al hombro y salió carretera arriba. A mitad del camino, dio con ellos e intentó atemperar los ánimos de aquellos exaltados, que borrachos de odio y de vino, reivindicaban la sangre del párroco como trofeo. A pesar de los intentos desesperados del Gavilán intentando calmar a aquellos hombres que hambrientos de venganza veían en el pobre Don Aurelio la encarnación del fascismo.

-Nosotros no somos como los fascistas. No hagamos lo que ellos harían. El coraje revolucionario nada tiene que ver con esto. El cura es un buen hombre.

-A la Mérida -gritó decidido un muchacho rubio con el pelo revuelto al que todos llamaban Panoya- lanzó un escupitajo y le descerrajó un disparo en la frente que le dejó muerto en el acto.

Allí lo encontraron los chiquillos que cada día acudían a la búsqueda de carbón a orillas del río. Al borde los lavaderos, hallaron tendidos los cadáveres del cura y del revolucionario como preludio de una tragedia inminente, próxima estallar.

En la madrugada del dieciocho de junio, cuando terminó de asearse y vestirse, todo en silencio para no despertarme, se despidió Anita. Se me acercó y me estrechó en sus brazos: te quiero -dijo con un involuntario temblor en los labios- y abandonó la casa con la orfandad al hombro y pistola bajo el sombrero en su papel de ejecutora de la ley del Tailón. No regresaría nunca jamás.

El Panoya tenía una amante en la calle Dorado de Sama. Cada día a eso de las nueve de la mañana, abandonaba la casa de la mujer y se dirigía a pie, al Ayuntamiento -sede del Comité Provincial del Frente Popular- puro en la boca, garboso y engreído. Aquella mañana, Anita segura y decidida le salió al paso y le increpó desde la acera, sacó la pistola del sombrero -que ella misma había mandado hacer en la fábrica de sombreros de Gijón, idéntico al de Aline Chaigrot- y la emprendió a tiros con él. El Panoya cayó al suelo y trató de esconderse tras un coche, pero Anita continuo disparando por debajo del vehículo hasta que aquél, acribillado a balazos, cayó definitivamente muerto.

Al atardecer llegaba a Azabache la noticia. Un vecino que estaba cerca, vió como a la Gavilana le caía la pistola de la mano y se desplomaba muerta de un disparo en la espalda.